

sús, á Vos os lo doy, ó amabilísimo Redentor mio, para todo lo que me resta de vida y en mi muerte, para estar siempre con Vos en la eternidad. Amen.

MEDITACION CCXCV.

CONTINUACIÓN DEL DISCURSO DE JESUCRISTO Á SUS APÓSTOLES
DESPUES DE LA CENA.

(Joan. xvi, 12-22).

JESÚS CONTINÚA ANIMANDO LOS APÓSTOLES.

1.º Del Espíritu Santo en sí mismo, y en orden á la Iglesia; 2.º de la muerte y de la resurrección del Salvador; 3.º de la tristeza de los cristianos, y de la alegría de los mundanos.

PUNTO I.

Del Espíritu Santo en sí mismo y en orden á la Iglesia.

1.º *El Espíritu Santo es Dios, la tercera persona de la santísima Trinidad y el Maestro supremo que enseña toda verdad...* «Muchas cosas tengo todavía que deciros: mas no las podeis llevar ahora; pero cuando venga aquel Espíritu de verdad os enseñará todas las verdades, porque no os hablará de sí propio, sino que dirá todo lo que habrá oído, y os anunciará las cosas que han de suceder...» Sin averiguar y sin buscar ahora cuáles sean aquellas cosas que el Salvador tenia aun que decir á sus Apóstoles, ni si se las dijo despues de su resurrección y antes de su ascension, estemos siempre ciertos que el Espíritu Santo les enseñó todas las verdades, escritas y no escritas, pertenecientes á la fe, á la Religion, á la salud, á la perfección, y á la eterna felicidad del hombre; que les dió la inteligencia de estas verdades, con todos los dones milagrosos, necesarios para anunciarlas y hacerlas creibles á los hombres; que les confió este sagrado depósito de la fe, en el que se hallan todas las cosas, y nada le falta; que se lo confió á ellos para que ellos mismos lo confiaran á sus sucesores, y lo dejaran á la Iglesia; que no cesa de enseñar estas mismas verdades, volviendo dóciles los corazones, y velando para que el depósito de la fe no pueda jamás ser disminuido quitándose de él alguna verdad, ni pueda ser alterado, mezclándose en él algun error; pero el Espíritu Santo, enseñando tales cosas, no habla de suyo como el Salvador mismo, que enseñando decia que lo que enseñaba no era doctrina suya, sino de aquel que

le habia enviado¹. Si él enseña toda verdad, lo hace porque es Dios; y si enseña solo lo que oye, lo que aprende de otro, es porque no es solo en la esencia divina, y en ella es la tercera persona, como el Hijo es la segunda, y el Padre la primera... Observemos ahora cuán adorables son las verdades cristianas: los que nos instruyen no hablan de sí propios, reciben las verdades de la Iglesia, la Iglesia las recibe de los Apóstoles, y del Espíritu Santo, y del Hijo de Dios; el Espíritu Santo y el Hijo de Dios las han recibido del Padre con quien son un solo y un mismo Dios. Hé aquí la divinidad de la Religion: cualquiera que habla, que dogmatiza, que explica las Escrituras fuera de esta divina cátedra, habla de sí mismo, renuncia á las verdades de Dios, á Jesucristo, al Espíritu Santo, espíritu de verdad, por darse á Satanás, espíritu de error y de mentira; y cualquiera que lo escucha proponer tales dogmas, y que sigue sus máximas, cae con él en el mismo precipicio y en la misma condenacion.

2.º *El Espíritu Santo procede del Hijo, y da á conocer su divinidad...* «Él me clarificará, porque recibirá de lo mio, y os lo anunciará...» Jesucristo habia hablado de su divinidad en una manera oscura, como lo habian hecho los Profetas. Esta manera convenia á su dignidad y á las circunstancias del tiempo. Pero el Espíritu Santo quitó los velos y disipó las sombras. Él reveló á los Apóstoles, y por ellos nos ha dicho claramente á nosotros que aquel hombre, aquel Jesús muerto sobre la cruz, era no solamente un justo, un amigo de Dios, el Hijo de David, el Rey de Israel, el Mesias prometido, el Salvador de los hombres; sino que era tambien el Hijo de Dios, el Verbo eterno de Dios, que estaba desde toda la eternidad en Dios, que era él el mismo Dios². Que la debilidad de la carne de que se vistió en el tiempo, que sus trabajos, sus sufrimientos, sus oprobios y su muerte nada quitaban á la dignidad de su persona, á la majestad de su ser divino, ni á la eternidad de su origen; y que aquella que lo concibió en el tiempo, siendo Madre de Jesús, es verdaderamente Madre de Dios. No nos olvidemos, pues, nosotros de esta enseñanza del Espíritu Santo, de estos dogmas esenciales de nuestra fe, que la Iglesia ha defendido contra los infieles y contra los herejes, y por los cuales tantos Mártires han dado su sangre y su vida. Pero supuesto que el Espíritu Santo, enseñándonos, no habla de suyo, ¿de quién ha aprendido, de quién ha recibido estas divinas verdades que ha anunciado? De Jesucristo mis-

¹ Joan. vii, 16; xv, 15. — ² Ibid. i, 1.

mo en cuanto Dios: de Jesucristo, que es verdad y vida. ¿Y cómo las ha recibido él de Jesucristo, sino porque él procede del Verbo, de él recibe la divinidad, el ser divino, la divina esencia, la naturaleza divina, que el Hijo mismo recibe del Padre por su eterna generación? Así lo ha revelado el Espíritu Santo mismo á la Iglesia, así la Iglesia lo enseña á nosotros.

3.º *Procede del Padre y del Hijo, y nos revela el misterio inefable de un solo Dios en tres personas...* « Todo lo que tiene el Padre es « mio. Por esto os he dicho que él recibirá de lo mio, y os lo anunciará... » Había ya dicho el Salvador que el Espíritu Santo procede del Padre, y en el versículo precedente nos ha dicho que procede de él mismo también. Aquí confirma lo uno y lo otro, y reúne todo cuanto pertenece al grande misterio de la Trinidad que el Espíritu Santo ha anunciado á los Apóstoles, y de que les ha dado la inteligencia conveniente á esta vida, suficiente para nuestra fe y para nuestra adoración; y bien circunstanciada para desechar todos los errores con que la debilidad de nuestro espíritu la habría podido oscurecer. De aquí proceden aquellos símbolos que la Iglesia ha opuesto á los herejes, y con que ha armado la fe de los fieles. Creamos, pues, nosotros un solo Dios, y tres personas en Dios realmente distintas é iguales en todas las cosas, que tienen todas tres la misma naturaleza, la misma esencia, la misma divinidad, la misma eternidad, la misma sabiduría, la misma potencia, en una palabra, todas las mismas perfecciones inseparables de la naturaleza divina, lo que hace que ellas son un solo Dios, pero sin tener las mismas propiedades personales que son comunicables, y esto es lo que hace tres personas distintas. El Padre no tiene principio, y es el principio del Hijo y del Espíritu Santo. El Hijo es engendrado del Padre, y todo lo que tiene el Padre, exceptuada la paternidad, lo tiene el Hijo: el Hijo, pues, es también principio del Espíritu Santo, pues esta no es una propiedad de la paternidad. El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, como de un principio único é indivisible, y no es principio de alguna otra persona, siendo él el término infinito de las diversas emanaciones. En este sentido, el Espíritu Santo recibe lo que es de el Hijo, esto es, la naturaleza divina, porque todo lo que es del Padre es del Hijo. De aquí se sigue que el Padre solo ha enviado al Hijo, y que el Padre y el Hijo han enviado al Espíritu Santo... En esta adorable é incomprensible Trinidad todo es eterno é igual. El Hijo, haciéndose hombre, nada ha perdido de lo que era; él es Dios y es hombre. En Nuestro Señor Jesucristo, que es Dios y hombre,

hay una sola persona, un Hijo, un Cristo, bien que en él haya dos naturalezas... ¿Qué podemos, pues, hacer nosotros, pensando en este inefable misterio de la santísima Trinidad, sino postrarnos, abismarnos y anonadarnos delante de esta suprema Majestad? Y ¡oh qué bondad infinita habernos querido revelar la profundidad de su ser divino. ¡Qué caridad sin límites habernos querido comunicar y hacernos entrar á la participación de sus bienes infinitos! ¿No es por ventura para esto el que el Padre haya enviado su Hijo, que el Hijo nos haya rescatado, que el Espíritu Santo enviado del Padre y del Hijo nos haya santificado? ¡Oh hombres, si pensárais lo que Dios ha hecho por vosotros, y á lo que os destina, cuánto mas despreciaríais la tierra, y con qué paciencia sufriríais todas las penas, á ejemplo y sobre las huellas del Hijo de Dios, nuestro Salvador!

PUNTO II.

De la muerte y de la resurrección del Salvador.

1.º *Cómo habla de ella el Salvador á sus Apóstoles...* Habló en términos oscuros, pero que bien presto debia aclarar el tiempo... « Un poco, y ya no me veréis, y otro poco, y me veréis; porque « voy al Padre... » Este poco tiempo, despues del cual no debían ellos ya ver mas á Jesucristo, era de algunas horas, siendo aquel dia mismo el viernes en que fue muerto y sepultado. No era mucho mas largo el tiempo despues del cual debían volverlo á ver, pues fue el domingo. Finalmente estos dos tiempos fueron breves igualmente que aquel en que lo vieron, que duró hasta la Ascension, porque él iba á su Padre, y el tiempo de ir á él estaba vecino. Fácilmente se comprenden las razones de sabiduría, de bondad y de ternura que hacían que el Salvador les hablase así en una manera oscura y enigmática. Por eso vino despues á ser mayor su alegría y mas firme su fe... ¡Oh y cuán bueno es nuestro divino Salvador! ¡oh y cuán amable!

2.º *En qué modo los Apóstoles entienden sus palabras...* Nada comprendieron... « Pero dijeron entre sí algunos de sus discípulos: ¿qué « es esto que nos dice, un poco, y no me veréis, y otro poco, y me « veréis; porque voy al Padre? Decían, pues, ¿qué es esto que nos « dice, un poco? No entendemos lo que dice... » De esto no se infiere que ellos hubiesen comprendido mejor cuanto les había dicho antes; pero como estas palabras miraban á ellos personalmente, habrían querido por eso saber lo que significaban. La intención del

Maestro no era seguramente que ellos las entendiesen entonces ; sino que ofreciéndose la ocasion ; cayesen en la cuenta de lo que les queria decir... Así tambien en la vida espiritual frecuentemente nos sucede el oír ó leer cosas que no comprendemos ; pero no nos inquietemos, no dejemos de notarlas ; el tiempo y la ocasion nos darán su inteligencia, y entonces aprovechémonos de ellas.

3.º *Cómo el Salvador previene el embarazo de los Apóstoles...* « Por tanto conoció Jesús que deseaban preguntarle... » Pero no les dió tiempo para ello. Así tambien conoce él nuestros deseos, y muchas veces los previene cuando lo exige nuestro bien espiritual... « Y les dijo : Andais investigando entre vosotros por qué os he dicho un poco, y no me veréis, y otro poco, y me veréis... » El Salvador les dijo el motivo de su embarazo, para convencerlos con esta nueva prueba que ninguna cosa le estaba escondida y oculta. Finalmente les respondió con aquella caridad y con aquella sabiduría tan necesaria en la direccion y en la conducta de las almas... Su respuesta no satisfizo á su curiosidad, no les descubrió lo que querian saber y lo que debian ignorar ; pero colmó su inquietud sacándolos del deseo en que estaban de preguntarle, y fuera de esto, fue para ellos una nueva instruccion de las mas necesarias y de las de mayor consuelo, como veremos despues.

PUNTO III.

De la tristeza de los cristianos, y de la alegría de los mundanos.

1.º *Se confronta la tristeza de los cristianos con la alegría de los mundanos...* « En verdad, en verdad os digo, que vosotros lloraréis y gemiréis ; pero el mundo se alegrará, y vosotros estaréis en la tristeza ; pero vuestra tristeza se convertirá en alegría... » La tristeza de los cristianos es prudente. Comienzan ellos por la tristeza para acabar en la alegría. Están contentos de estar en la tristeza sobre la tierra durante el curso breve de esta vida, para estar despues en el cielo en el gozo por toda la eternidad. El gozo de los mundanos es insensato. Comienzan por el gozo para acabar en la tristeza. Se dan prisa á gozar. Se arrojan como ciegos sobre los bienes presentes de esta breve vida, y pierden despues los bienes eternos, y se precipitan en los eternos suplicios... La tristeza de los cristianos es santa. Proviene ella de la persecucion externa excitada contra ellos por su virtud, por su piedad y por su celo ; y de los combates internos, resistiendo á sus pasiones y mortificando sus sentidos por

temor de ofender á Dios ; el gozo de los mundanos es disoluto, lleno de iniquidad, de suciedad y de pecados... La tristeza de los cristianos tiene sus consolaciones ; las encuentran ellos en la uncion del Espíritu Santo, en la paz de su conciencia, en la esperanza de una bienaventurada inmortalidad. El gozo de los mundanos tiene sus amarguras. Las encuentran ellos en el mundo mismo en que no están siempre á cubierto de la censura, de la calumnia, de las mudanzas de la fortuna, de las enfermedades del cuerpo, de las humillaciones y de los disgustos. Las hallan en su conciencia despedazada de remordimientos. Las hallan en el pensamiento de una muerte inevitable y en el temor de sus horribles consecuencias. Y finalmente, en la muerte y en el gran día del juicio final la tristeza de los cristianos se convertirá en un gozo eterno, y el gozo de los mundanos en una eterna tristeza : hagamos ahora la eleccion.

2.º *Comparacion de la tristeza de los cristianos con los dolores del parto...* « La mujer cuando pare está en tristeza, porque ha llegado su tiempo... Y vosotros estais tambien ahora ciertamente tristes... » Los dolores que sufre una mujer en el parto son una viva imágen de lo que sufre un cristiano durante esta vida para obrar su salvacion. Aquellos dolores son agudos, pero breves y pasajeros. Le cuesta esto mucho á la naturaleza ; ella se duele, ella gime, ella da gritos, derrama lágrimas ; pero la hora es breve, y se pasa presto. ¿ Y qué cosa es la vida presente en comparacion de la eternidad?... Aquellos dolores son necesarios ; una mujer no puede llegar á ser madre sin experimentarlos. Nosotros no tenemos otro camino para llegar á la salud que el de padecer, que el de los trabajos, que el de la penitencia, de la abnegacion, de la crucifixion, del dolor, de las lágrimas... Por duro que pueda ser este camino, es preciso caminar por él, y sufrir todo su rigor hasta el término... Aquellos dolores son apetecibles... Una mujer quiere mucho mas sufrirlos que quedarse estéril. Ella ha deseado sufrirlos, no querria no sufrirlos ; pero desea verles el fin... Lo mismo es de los sufrimientos de los cristianos. Seria para ellos una grande desgracia si nada tuviesen que padecer. ¿ Qué recompensa podrian esperar ? Todos los Santos han padecido, han sufrido, y han estado muy contentos en sufrir y padecer. Si han sentido el rigor de los sufrimientos, este doloroso sentimiento no les ha hecho desear estar exentos de sufrir, sino solo ver presto el fin de su padecer, para reunirse antes al que los ha de coronar... Aquella mujer sufre de buena gana, bien que ignore cuál será el fruto que ella lleva. ¿ Qué seria si la fortuna del niño, su glo-

ria, sus talentos, las cualidades de su alma y de su espíritu; si, en una palabra, su felicidad debiese crecer á proporcion de cuanto mas ella sufriese? Pero esto que no sucede en el órden de la naturaleza se halla exactamente en el órden de la gracia. Supuesto esto, ¿cómo podemos nosotros no amar, no desear el padecer y el sufrir? Ó á lo menos ¿cómo podemos lamentarnos, cuando se ofrece la ocasion de merecer?

3.º *Comparacion del gozo de los cristianos con el gozo de una mujer que ha dado á luz un niño...* «Pero cuando ha dado á luz el niño, ya no se acuerda mas del aprieto, por el gozo de que ha nacido al mundo un hombre... Y vosotros, pues, teneis ahora ciertamente tristeza; pero otra vez os veré, y se alegrará vuestro corazon, y ninguno os quitará vuestro gozo...» La alegría de esta mujer es sensible y natural, y no hay necesidad de explicarla. La alegría que tuvieron los Apóstoles al ver á Jesucristo resucitado, después de haberlo visto muerto, y haberlo llorado, como si ya no lo hubieran de volver á ver mas, fue de cierto inefable, y bien expresada en la sucesion de tristeza y gozo de esta mujer. Pero la instruccion que da aquí el Salvador no se restringe ya á solos los Apóstoles, ni al dia de su resurreccion, como lo muestran bien el juramento con que la comienza, y la energía de la comparacion de que se ha servido. Esta instruccion se extiende á todos los cristianos, é incluye el tiempo y la eternidad. Por todo el curso de nuestra vida, estamos nosotros como estuvieron los Apóstoles en los dolores del parto. Tengamos paciencia, esperemos, suspirando el momento de nuestra libertad. ¡Ah! ¡y cuál será entonces nuestro gozo, cuando en vez de un hijo á quien esta mujer ha dado la vida, y que ha echado al mundo, habrémos, por decirlo así, parido nuestra alma al cielo, y nuestro cuerpo á una resurreccion gloriosa; cuando habrémos procurado para nosotros un estado constante é invariable de una vida y de una felicidad eterna; cuando verémos á Jesucristo mismo venir á anunciarnos la bienaventuranza que nos ha merecido, y á ponernos en posesion de ella! Trabajos, fatigas, sufrimientos, dolores, oprobios, ¿dónde estais vosotros? ¡Ah! todo se ha pasado ya: ya no queda de ellos ni memoria, ni temor, ni cosa alguna que pueda ni sea capaz de turbar ó de arrebatarse este puro gozo; gozo celestial, gozo divino, gozo eterno. Ya lo gozan los Apóstoles, ya lo gozan los Santos, ya lo goza tambien un gran número de nuestros parientes, de nuestros amigos, de nuestros conocidos. Y nosotros ¿qué hacemos?

Peticion y coloquio.

¡Ah! suframos, aspiremos, deseemos, trabajemos, muramos, y tambien gozaremos nosotros. Y Vos, ó Dios mio, haced que despues de haber sembrado en las lágrimas recojamos un dia en el gozo... Amen.

MEDITACION CCXCVI.

CONTINUACION Y FIN DEL DISCURSO DE JESUCRISTO Á LOS APÓSTOLES DESPUES DE LA CENA.

(Joan. xvi, 23-33).

1.º De la oracion; 2.º de la fe.

PUNTO I.

De la oracion.

1.º *Promesa hecha á la oracion...* «Y en aquel dia (*esto es, despues de mi resurreccion y de la venida del Espiritu Santo*) no me preguntaréis cosa alguna...» Esto es, no me tendréis ya cerca de vosotros en una manera sensible para poderme hacer preguntas, ó para pedirme que os conceda alguna gracia; pero esto no os inquiete, tendréis en vosotros el Espiritu Santo que os consolará. Y en órden á vuestras necesidades, á los embarazos, á las dudas y á la perplejidad en que podréis hallaros, hé aquí la promesa que yo os hago: «En verdad, en verdad os digo, que cualquiera cosa que pidais al Padre en mi nombre, os lo concederá...» Esta promesa ¿era acaso para solos los Apóstoles? No, sin duda: es para nosotros como para ellos. ¿Ha retractado por ventura Dios esta promesa, ó es por ventura infiel? No, sin duda. ¿Por qué, pues, se lamentan tantas personas de no obtener lo que piden? ¡Ah! porque piden mal, porque no piden en el nombre del Salvador. Piden mal, en cuanto al objeto y á las cosas que piden; las que de ningun modo se ordenan á la salud, antes bien suelen ser opuestas á ella. Piden mal, en cuanto á la manera, sin deseo, sin esperanza de obtener, sin atencion, sin respeto, sin ardor, sin perseverancia. Piden mal, en cuanto al estado en que se hallan, estado de pecado, que las priva de la gracia de Dios, estado que las aleja de la salud, y las deja sin deseo de volver á entrar en ella. Piden mal en cuanto á la conducta que tienen, pidiendo lo que tienen, y de que no se sirven, cuando deberian pedir lo que no pueden, haciendo de su parte lo que pue-

den. Examinemos á este propósito nuestras oraciones, y rectificémoslas.

2.^o *Precepto de la oracion...* «Hasta ahora no habeis pedido cosa alguna en mi nombre; pedid, y obtendréis, para que vuestro gozo sea completo...» El designio del Salvador en todo este discurso era consolar é instruir á sus discípulos. No era esta ya una reprimenda, sino una instruccion que les daba, y un precepto que les imponia. Hasta ahora los Apóstoles no habian estado bien instruidos sobre el misterio de la Encarnacion, para saber que Dios no concedia cosa alguna á los hombres sino por los méritos y por la mediacion de su Hijo; hasta ahora habian orado, como todos los demás israelitas, en la fe del Mesías; pero sin hacer una expresa mencion de su mediacion. La oracion misma que el Salvador les habia enseñado no contenia esta mediacion sino de una manera oscura y envuelta en aquellas palabras: «Padre nuestro...» porque Dios no es verdaderamente nuestro Padre, sino por nuestra adopcion en Jesucristo. Este misterio, pues, es el que ellos hasta ahora habian ignorado, y el que el Salvador ahora les descubre, y al que les manda que en adelante se conformen pidiendo en su nombre, por sus méritos, por su mediacion. «*Pedid, y obtendréis...*» Dulce precepto que solo pertenece hacerlo á un Dios infinito en bondad y en poder. «Para que vuestro gozo sea completo...» No limitemos el objeto de nuestras peticiones: si es una virtud, pidamos su perfeccion; si es un don, pidamos su excelencia; si es una victoria, pidámosla completa; si es la pureza de nuestra alma, la remision de nuestros pecados, pidámosla entera y perfecta. Corazones apretados y vacilantes, ¿pensamos nosotros agrádar á Dios con peticiones escasas y tímidas? Pidamos, instemos, solicitemos en el nombre de Jesucristo, y recibiremos. Tenemos la promesa, tenemos el precepto, pues ¿qué tememos? Pidamos la santidad, pidamos el cielo, pidamos á Dios mismo, y su eterna posesion; esto es lo que hará perfecto nuestro gozo, esto lo hará consumado. ¡Ay de mí, y cuán cobardes é indiferentes somos para los bienes eternos! ¿No puede darnos el Salvador con mayor razon la reprimenda, porque hasta ahora no hemos pedido cosa alguno en su nombre? Por esto no tenemos que maravillarnos de que nuestro gozo no sea completo: aquel gozo interno de la conciencia, aquel gozo del Espíritu Santo que llena los corazones, no lo conocemos nosotros; él está reservado para las almas que permanecen y son constantes en la oracion, y esto debe ser para nosotros un nuevo motivo de aplicarnos á ella. Por

esto pidamos el don mismo de la oracion, y se nos concederá. ¡Qué desventura para nosotros, si en vez de pedirlo, lo tememos y lo desechamos!

3.^o *Luces que consigue la oracion...* «Os he dicho á vosotros estas cosas en parábolas; viene el tiempo que no os hablaré ya mas en parábolas, sino que os anunciaré abiertamente de mi Padre...» El estilo de los proverbios y de las parábolas es una manera de hablar encubierta y enérgica; así justamente habló el Salvador á sus discípulos en este discurso, porque aun cuando no se haya servido formalmente de parábolas, y haya usado tambien términos simplicísimos, no ha dejado de esconder, bajo el velo de estos términos, y de anunciar, aunque en una manera oscura, los misterios mas profundos de la naturaleza de Dios y de la redencion de los hombres. Los Apóstoles entonces no estaban en estado de recibir una revelacion mas clara, y no era aquel el tiempo de hacérsela; pero este tiempo ya se acercaba. Desde el dia de su resurreccion les dió el Salvador el Espíritu Santo, y les abrió á ellos mismos el espíritu para que comprendiesen las Escrituras ¹. Por el curso de cuarenta dias se detuvo con ellos, hablándoles claramente del reino de Dios ²; y finalmente, en el dia en que les envió en una manera sensible su Espíritu Santo, los llenó de una abundancia tal de luces, que tuvieron la inteligencia de todos los misterios, que supieron en qué términos debian anunciarlos, y en qué términos debian los fieles hacer profesion de creerlos. Pero ¿cómo se dispusieron los Apóstoles para recibir esta abundancia de luces? Con la oracion, en la que perseveraron los diez dias que pasaron desde la Ascension hasta Pentecostes ³. ¡Oh y qué diferencia hay entre lo que comprende un hombre de oracion leyendo el Evangelio, y lo que de él comprende el que no ora, aunque sea un sábio y profundo teólogo! Sin la oracion, aunque bien instruidos en los misterios de la Religion, el Evangelio es para nosotros una lectura cerrada, un lenguaje enigmático en que nada comprendemos, ó cuási nada. Nosotros admiramos las virtudes heroicas de los Santos; el Evangelio es el lugar de donde las han sacado. Aquí vieron ellos la obligacion, los motivos, los medios, la práctica de ellas. ¿Y nosotros? Nosotros no aprendemos en él cosa alguna. Ellos además de leer oraban, y nosotros no oramos. ¿Cuándo vendrá aquel tiempo en que nos apliquemos seriamente á la oracion? ¡Ah! ¡qué luces recibiríamos! ¡qué dulzuras, qué consolaciones gustáramos! No lo dilate-

¹ Joan. xx, 22. — ² Act. i, 3. — ³ Ibid. i, 14.

temos; pero bien para nosotros, si solamente lo dilatamos, y ¡ay de nosotros, si á fuerza de dilaciones no llegase jamás para nosotros este tiempo!

4.º *Prediccion que Jesucristo hace de la oracion...* «En aquel dia... «(esto es como antes: despues de mi resurreccion y de la venida del «Espíritu Santo...) pediréis en mi nombre...» Hé aquí una prediccion que viendo su cumplimiento debemos quedar sobrecogidos de admiracion y llenos de alegría. Sí, desde el dia de Pentecostes es un dogma recibido, y reconocido en todo el universo, que no hay otro nombre alguno debajo del cielo dado á los hombres por el cual podamos ser salvos. En este nombre la Iglesia ora, pide, adora, da gracias, enseña, manda, prohíbe, exorciza, habla y obra. En este nombre han hecho todos sus milagros los Apóstoles y los Santos. Y qué, si la Iglesia emplea el nombre, los méritos, la intercesion de los Santos, ¿podrá acaso alguno, sin nota de temeridad, oponerle que destruye con esto los méritos y la mediacion de Jesucristo? ¿No saben y reconocen todos que los Santos y la Reina misma de los Santos nada pueden sino por Jesucristo? Y si nosotros los creemos grandes y poderosos por Jesucristo, ¿cómo se atreverá alguno á decir que suplicándoles que intercedan por nosotros destruimos los méritos y la intercesion de Jesucristo? Unámonos, pues, á la Iglesia en la oracion, oremos con ella, y pidamos con ella sin temor de errar. Pero mientras que ella alza su voz hácia el trono de Dios, guardémonos que nuestro corazon esté distraido, nuestro espíritu errante, nuestro exterior disipado, y mas propio para escandalizar á los hombres que para honrar á Dios.

5.º *Fundamento que Jesucristo señala de la eficacia de la oracion...* La eficacia de la oracion está fundada sobre el amor que Dios nos tiene en Jesucristo, y sobre el amor que tenemos nosotros á Jesucristo, y sobre la fe que en él tenemos... «Y no os digo que rogare al Padre por vosotros, porque el mismo Padre os ama, porque «vosotros me habeis amado, y habeis creido que he salido de Dios...» No, no es necesario, Señor, que nos digais que rogaréis por nosotros; tenemos bien conocido vuestro amor, y sabemos muy bien que no os olvidaréis de nosotros en la habitacion de vuestra gloria. Sobre la tierra habeis rogado y orado por nosotros: y ¡oh cuántas veces os habeis privado del necesario reposo por pasar las noches en oracion! Ya Vos ahora no rogaréis mas por nosotros de esta manera penosa: Vos estais sentado á la diestra de vuestro Padre; pero hasta sobre el trono de vuestra gloria llevais Vos las cicatrices de aque-

llas adorables llagas que habeis recibido por nosotros: oracion é intercesion tanto mas eficaz, cuanto es consumada y completa en la gloria. Si para ser amado de vuestro Padre basta amaros á Vos y creer en Vos, me atrevo á decirlo, ó Señor, yo os amo con todo mi corazon, y creo en Vos. Creo que sois el Hijo de Dios, salido de Dios y hecho hombre por salvarnos; creo todo lo que habeis revelado á vuestra santa Iglesia, y todo lo que ella nos enseña de parte vuestra, y detesto todo lo que ella ha condenado y todo lo que condena, como contrario á cuanto Vos le habeis enseñado. Con estos sentimientos de fe y de amor en que quiero vivir y morir puedo esperar sea amado de Dios vuestro Padre. ¡Oh suerte felicísima! ¡oh amor preferible á todos los amores, y preferible al mundo, á todos sus bienes y á la vida misma.

PUNTO II.

De la fe.

1.º *Del artículo fundamental de la fe...* «Salí del Padre, y vine al «mundo: otra vez dejo el mudo, y voy al Padre...» No es maravilla que el Salvador repite con tanta frecuencia este artículo, que en todos los lugares requiera que se crea que alabe á sus discípulos, porque lo crean, y que ellos mismos hagan aquí profesion de creerlo. Este es el artículo fundamental de la Religion, por el cual nosotros creemos que Jesucristo Hijo de María no es un puro hombre venido al mundo como los otros hombres; que antes de ser hombre estaba en Dios, era el Verbo de Dios, y Dios como su Padre; que salió, cuando quiso, del seno de su Padre, para hacerse hombre; que este Dios-Hombre, despues de haber ejecutado sobre la tierra la voluntad de su Padre, volvió á él como habia salido; esto es, de señor absoluto y soberano del mundo; que vino á él, y que lo deja; que bajó del cielo, y á él vuelve á subir en el tiempo y del modo que juzga á propósito. ¿Creemos nosotros todo esto? ¡Ah! si lo creemos, no tendremos dificultad alguna sobre cualquier otro artículo. Los misterios de la Trinidad, de la Eucaristía, del perdon de los pecados, de la redencion de los hombres, de la infalibilidad y perpetuidad de la Iglesia, ni cualquier otro punto de nuestra creencia no encontrarán mas en nosotros dificultad alguna desde que creemos que es un Dios-Hombre el que ha hablado. En nuestras agitaciones de espíritu, en nuestras tentaciones sobre la fe, llamemos á nuestra mente este artículo; Jesucristo me lo ha dicho, y Jesucristo es Dios: me lo enseña la Iglesia de Jesucristo, y Jesucristo es Dios.

2.º *Del progreso de la fe...* «Le dijeron sus discípulos: Hé aquí «ahora hablas claramente, y no usas de algun proverbio. Ahora co- «nocemos que tú lo sabes todo, y no es necesario que alguno te «pregunte; en esto creemos que tú has salido de Dios...» Conocen los Apóstoles que Jesucristo ha prevenido la pregunta que ellos le querian hacer: Ya se creian haber llegado á aquel tiempo en que Jesucristo les habia prometido hablarles abiertamente y sin parábolas. ¡Ah! estaban aun muy léjos de tener aquellas vivas luces que debian recibir un dia! En la profesion misma de fe que aquí hacen ¡oh cuánta debilidad hay aun! ¿Han conocido, pues, solo en este momento que Jesucristo penetra los mas secretos pensamientos del corazon? ¿Ha dado solo acaso esta prueba de su divinidad? ¡Oh qué progresos han de hacer aun para ser perfectos en la fe! Este es un punto en que nosotros imitamos (*¡y cuán bien!*) á los Apóstoles. Nosotros fácilmente nos persuadimos que sabemos bastante, que estamos bien instruidos, ó iluminados y espirituales; pero esta misma persuasion es una prueba de que hemos aprovechado poco en la fe. Cuanto mas la estudiamos, la meditamos y la gustamos, tanto mas nos convencemos que tenemos pocas luces, y que necesitamos adquirir siempre otras nuevas. Este conocimiento es el que nos hace mas aficionados á la oracion, á la leccion, á la meditacion, y que nos hace hacer cada dia nuevos progresos.

3.º *De la inconstancia de la fe...* «Jesús les respondió: ¿Ahora «creéis? Hé aquí que viene el tiempo, antes bien ya ha llegado, en «que os separeis cada uno por su parte, y me dejéis solo; pero no «estoy solo, porque está conmigo el Padre...» Nosotros sabemos cómo se cumplió esta prediccion. En el tiempo mismo que los Apóstoles hacen profesion de creer, y que el Salvador mismo por la segunda vez aprueba su fe y su fidelidad en creer, se acercan ya mucho al momento de su desercion, de modo que se puede decir que ya ha llegado... ¡Ay de mí! ¡cuánta es nuestra debilidad y flaqueza, cuánta es nuestra inconstancia, si Dios no tiene piedad de nosotros! Muchas veces el dia mismo nos ha visto llenos de fe, de valor, de resolucion y de fervor, y poco despues recaer en las mismas culpas que hemos detestado. Si: *ahora* creemos somos de Dios; pero hé aquí la hora de la tentacion que se acerca, y si nó nos disponemos á ella con la desconfianza de nosotros mismos y con la oracion, nuestra fe, nuestra constancia, nuestras resoluciones, todo se desvanecerá, y muy tarde conoceremos cuán débiles, y cuán inconstantes somos por nosotros mismos. No nos olvidemos de esta última

palabra del Salvador... «No estoy solo, porque está conmigo el Padre...» Sirvanos ella de consolacion cuando nos desamparen los hombres.

4.º *De la vuelta á la fe...* «Os he dicho estas cosas para que tengais paz en mí...» Discípulos cobardes y tímidos, despues que habréis huido y desamparado á vuestro Maestro, abandonándolo á la discrecion de sus enemigos, él volverá á vosotros; pero ¿cómo podréis sufrir su presencia? ¿Lo conoceréis vosotros bien? Él volverá para daros la paz; no temais recibir de él la mas minima reprehension... Pecadores, ¿no os mueve el corazon una tal bondad? De cualquiera naturaleza que sea vuestro pecado, vuestra cobardía, vuestra perfidia, vuestra flaqueza, vuestra debilidad, vuestra malicia, vuestro escándalo, vuestro error en la fe; sea herejía ó blasfemia contra la Iglesia, sea impiedad, Jesús os llama á sí, no para castigaros ó reprenderos, sino para daros la paz de que vosotros huís, y que en vano buscaréis fuera de él. ¡Oh bondad infinita! Bien puedo yo mismo ser testigo, igualmente que todos aquellos que despues de sus desórdenes han tenido la dicha de volver á Vos; sin la paz no hay felicidad, y sin Jesús no hay paz.

5.º *De la victoria de la fe...* «En el mundo estaréis angustiados; «pero tened confianza, que yo he vencido al mundo...» Jesucristo venció al mundo, principalmente sobre la cruz y por medio de su muerte; pero él está tan seguro de esta victoria, que ya habla de ella como de una cosa pasada... ¿Qué temor nos impide el volver á Jesús, y entregarnos á él? ¿El temor del mundo? El mundo se puede temer poquisimo en medio del Cristianismo; pero aunque estuviese él armado de otras tantas espadas, y animado de un furor igual al del judaismo y de la idolatría, la cruz de Jesucristo ¿no ha triunfado de él en todo lugar y en todo tiempo? Armémonos, pues, de esta cruz; combatamos debajo de este estandarte, y nuestra fe vencerá tambien al mundo, superará todos los obstáculos, y nos hará triunfar, siguiendo al divino Capitan que nos precede.

Peticion y coloquio.

Ó Dios mio, si el mundo me ha vencido, ha sido de mi parte una vileza, que desde este punto voy á reparar venciendo yo tambien al mundo con vuestra gracia, y despreciando todo lo que él me puede oponer: Amen.